

“ ARQUITECTURA IMPOPULAR ”

(Conferencia de *D. Luis Lacasa*, arquitecto, para la ASOCIACIÓN DE ALUMNOS DE ARQUITECTURA)

En la plaza del Rey está el monumento al teniente Ruiz. Todos recordaréis su actitud militante y gallarda con la espada en alto y el gesto indignado. La postura está bien y más aún en la representación de Benlliure, que parece de verdad. Menos mal que Ruiz es de bronce; no siéndolo, no hubiera podido soportar tanto tiempo esa actitud. Es una postura buena para un momento, pero para siempre resulta algo cansada.

Del mismo modo creo que en todas las cosas está bien un momento militante y gallardo, pero a la larga es mucho mejor una actitud más tranquila.

Digo esto porque no tenéis que esperar de mí una actitud como la del monumento del teniente Ruiz, sino que me voy a dirigir a vosotros con toda cordialidad y sencillez, sin deciros nada nuevo.

Hablo solo por el gusto de comunicarme con vosotros y hasta mi procedimiento de expresión será defectuoso, puesto que no siendo un profesional de la palabra, descuido de vez a cada una su sentido exacto, y, además, no atreviéndome a hablar de memoria, leo mis palabras, con lo cual resto gran parte de espontaneidad a la comunicación.

Ya sabéis que perro que ladra no muerde; arquitecto que conferencia no ofrece peligro. Por esto, L. C. y yo somos infensivos.

No deberíamos hablar, porque es muy fácil hacer construcciones que no tengan más leyes que las gramaticales.

Además está el peligro inminente de caer en ese terreno de lo intelectual y problemático, donde se mezcla la nueva biología con el teatro de Jorge Kayser, un relato surrealista con la hipótesis de los estados glaciales de la tierra, y, en fin, ese terreno tan halagador para el intelecto en que tenemos la sensación de que ya estamos tocando todos los hilillos que dirigen el misterio que nos rodea, aunque resulte que siguen todas las pelotas en el tejado.

Porque bien está que las revistas como el *Querschnitt* y otras con portada amarilla, limón, naranja o blanca con letras verdes, mezclen boxeadores con partenones y que en toda ciudad con más de dos millones de habitantes haya un grupo de judíos que quieran sugerirnos lo supernuevo, lo que aún no existe, lo que ellos han empezado a oler con sus narices ganchudas (en Madrid ya tenemos un judío de esos), pero no está bien que los mismos arquitectos echemos sobre la Arquitectura la cortina de las ideas generales, de las nebulosas generales, y queriendo conocer la Arquitectura dentro de la armonía del cosmos intelectual empecemos a salirnos por la tangente para no trabajar.

Por lo tanto, lo que yo debiera hacer ahora después de saludaros y de pedir os perdón por haberos desplazado hasta aquí, es despedirme y marcharme a trabajar.

Pero no lo hago.

No lo hago por tres razones.

La primera es la siguiente: Esta charla se verifica a instancias de la Asociación de Estudiantes de Arquitectura, y esta Agrupación es lo más serio que tenemos en materia arquitectónica. Porque cualquier arquitecto, en mayor o menor escala, ha pactado con el mundo exterior, ha empezado a estancarse, a anquilosarse y a desilusionarse; pero vosotros, en cambio, vosotros, agrupados con esa alegría que da el ver caras alegres, con la confianza que da el no haber sufrido un fracaso, con la fuerza auténtica que tiene la juventud actual, vosotros sois nuestra esperanza y vosotros nos vengaréis de todo lo que no hayamos podido hacer.

Por este motivo, la invitación vuestra fué un halago para mí. Y a fin de acercarme aún más a vosotros, vengo como los buenos estudiantes, como fui al examen de Hidráulica; vengo con chuletas.

Pero hay otro motivo para estar ante vosotros, y es orden profesional. La Arquitectura, por lo menos aparentemente, se está poniendo de moda, las revistas ilustradas y los diarios van publicando cada vez más artículos con fotografías heterogéneas y texto híbrido; se forman campañas de Prensa criticando tal labor profesional; humoristas *antofrancescos* flagelan algún intento desgraciado, y, en fin, ¿quién de vosotros no ha sorprendido en el aire del café la frase de... ¡sí, porque estos arquitectos!?

Por todas partes se menea la cuestión arquitectónica, pero por ninguna aparece la voz de un arquitecto. Por eso creo un deber profesional el que cada uno de nosotros aporte sus palabras a luchar contra todo el vocerío que ya se oye.

Y en último término hay otra razón que pudiéramos llamar local y contribuye principalmente a hacerme hablar.

La razón es... que Madrid es una aldea; que España es una aldea, mejor dicho, nuestra vida profundamente aldeana. Nadie se atreve a nada, por si acaso no vaya a ser que uno quede mal... Eso de quedar en ridículo es cosa muy seria... No hay que comprometer el prestigio... Sí, porque para hablar hace falta hacerlo muy bien, y si no, callarse... En fin, una serie de consideraciones aldeanas que nos atenazan por todas partes, convirtiendo nuestra vida social en una charca estancada, en donde sólo aparece de vez en cuando la voz de algún audaz que se atreve. Ya va siendo hora de que esto termine y que no haga falta ser un aventurero, sino que baste con ser una persona normal y corriente para ponerse sinceramente ante los demás.

En el fondo yo soy otro aldeano, puesto que he tenido que disculpar por tres lados el atrevimiento de hablar.

Ya estoy, por lo tanto, tranquilo y puedo empezar sin miedo a que suceda nada.

El tema de mi conferencia es “Arquitectura impopular”, cuyo solo enunciado indica que nuevamente voy a caer en el pecado de las ideas generales, más o menos abstractas, y digo pecado porque creo que aunque la ordenación dogmática de las cosas sea muy noble, tal vez lo más elevado no es éste el momento de entregarse a especulaciones, puesto que todos tenemos tareas concretas que cumplir y aportaciones que hacer a la evolución arquitectónica. Yo hubiera preferido hablar de un tema mucho más definido, de tráfico urbano, por ejemplo; pero la Comisión vuestra, que amablemente me invitó, hizome ver que tal vez fuera más interesante de momento una charla sobre estética arquitectónica, aunque estaba en la idea de la naciente Asociación el organizar más adelante cursillos de ampliación con temas científicos más eficaces.

En vista de ello aquí me tenéis de *telonero* en esta serie de conferencias que con gran ánimo habéis ordenado.

Como ya he dicho, el tema de mi conferencia es... “Arquitectura impopular”, y antes de desarrollar la idea de la impopularidad hablaremos un poco de la idea “arquitectura”.

Mirando hacia atrás vemos la sucesión de las diferentes épocas y estilos arquitectónicos, con sus calidades variables, pero que a pesar de que las preferencias particulares de cada cual se inclinan en momentos bien distintos, es indudable que hay estilos que se limitan a ser la interpretación plástica de una idea estética (como sucede, a mi juicio, con el griego, barroco o renacimiento), mientras que otros estilos llevan emparejada con sus realizaciones plásticas, la solución nueva de los problemas constructivos (como sucede, a mi juicio, con el romano o gótico).

Pues bien, nos aproximamos rápidamente a una época en que se resuelven de nuevo con una armonía perfecta problemas estéticos y técnicos.

Es imposible determinar cuándo este movimiento se ha iniciado; depende de tantas fuerzas diferentes y es siempre la actitud arquitectónica tan compleja e impersonal, que no puede destacarse ningún paso en el camino de la evolución.

Le Corbusier, que no ha inventado nada, ha tenido la gran habilidad de saber encontrar gran cantidad de palabras, que son la vanguardia de la nueva arquitectura; por ejemplo: La casa es una máquina para vivir. Una pipa es tan bella como el Partenón, etc., etc.

Desde luego se trata de una revolución rápida, si pensamos que estamos en 1930 y que a principios de siglo está Europa impregnada de aquel arte modernista tan insospechado y tan lejano ya de nosotros que resulta con pátina como de siglos, con un interés ya romántico.

Lo que ha empujado verdaderamente de una manera segura y definitiva ha sido la industria. La gran industria, la de los consorcios, la taylorización, los modelos tipos.

La industria ha empujado fuertemente y lo ha invadido todo, y el gran descubrimiento fué hecho por los ojos del artista al notar la belleza del producto industrial. Fué un descubrimiento bastante difícil, y la prueba es que los norteamericanos, aunque dentro de diez años estarán delante de todos, aún no acaban de ver claro. Lo mismo sucede con los ingenieros de todos los países, que después de crear estructuras perfectas, se quedan muy tristes y llaman a un arquitecto, ¡qué atrevimiento!, para que eche sobre su obra el manto de la belleza.

En el descubrimiento de la belleza de la máquina está una de las bases de la nueva estética. Estamos en una época de pureza en la que ornamentar es hacer una incorrección.

Las nuevas formas son profundamente diferentes de los estilos históricos. No es solamente cuestión de quitar capiteles y molduras; tiene sus leyes y su lógica y sus principios duros y que hay que acatar. Exige una sensibilidad propia y diferente de la clásica; una preparación agudísima, puesto que casi todos los recursos son de formas elementales y de proporción.

Por eso es un monstruo el que dice: "Este arte que llaman moderno es la ruina del arquitecto; ahora la Arquitectura se pone en manos de los delineantes". Abundan los monstruos de este tipo, que después de algún tiempo se dicen: "Caramba, parece que esto de los cubos se empieza a llevar; hay que hacer moderno"... y echan su cuarto a espadas. Pero como eran unos monstruos sin sensibilidad no pueden hacer más que monstruosidades cúbicas.

Las leyes de la nueva estética están por definir; aún no se puede mostrar una obra verdaderamente plébrica, pero desde luego ya puede indicarse en qué ocasión se da un paso hacia la verdad y cuándo hacia el monstruo.

Para ejemplo de lo que puede alcanzar la nueva arquitectura puedo servirlos un paralelo con la pintura cubista; todos los matices de la materia en ésta son sustituidos por las calidades de los materiales de construcción, y en cuanto a la ordenación de volúmenes puede verificarse idéntica sustitución.

En Pintura ha habido un Picasso y legiones de pintores que también han creído que eso lo podían hacer, aunque se equivocaron.

En Arquitectura hasta ahora no hay más que los discípulos de un Picasso que aún no existe.

Intentemos seguir con la imaginación el proceso de la creación de un proyecto racionalista. Vemos en primer lugar la serie de condiciones intrínsecas al caso concreto: el problema de su funcionamiento. En las posibilidades de funcionamiento es donde está el progreso mayor de la Arquitectura actual. Hay más diferencia entre el programa de un edificio actual y otro de hace treinta años, que entre este último y otro del siglo XVII. Lo más profundo de la Arquitectura actual, lo que escapa a la mirada no técnica, lo que hace que la labor más importante del arquitecto de ahora permanezca en la sombra, es la solución del problema

del funcionamiento, o sea la proporción entre los diferentes servicios y circulaciones.

Si la labor del arquitecto se detuviera allí, sería una actividad puramente científica, casi fatalista pudiéramos decir, puesto que una vez determinadas las condiciones particulares de la obra aparecería ésta de una manera inexorable.

Pero el arquitecto tiene que ordenar los elementos de que dispone, tiene que componer una armonía, tiene, en fin, que crear la obra de arte.

Si las necesidades de la vida no se hubieran alterado no habría razón suficiente para que el arte hubiera evolucionado; pero, como ya he dicho, el progreso grande de la arquitectura ha sido en su funcionamiento, y por eso el arte nuevo ha salido de las mismas necesidades, de una manera vital.

Para aclararnos este paso pondré un ejemplo: suponemos un caso sencillo, una escuela; tenemos necesidades de distintas características, vestíbulo, guardarropa, cuarto del profesor y la clase. A cada uno de estos locales corresponde una dimensión de huecos diferentes; huecos grandes en la clase, medianos en el cuarto del profesor, pequeños en los servicios.

Si ahora suponemos que nos empeñamos en realizar los exteriores de esta escuela en estilo barroco, nos encontramos ante un terrible dilema: o maltratamos el barroco o maltratamos la escuela. La obra ya está irremisiblemente perdida, es una obra inarmónica, de transición e impura.

Por eso ha aparecido la nueva estética al servicio de la nueva técnica, fiel a sí misma y a los problemas que resuelve, libre de prejuicios de ordenación y sin embargo sujeta a leyes inflexibles.

Por lo mismo que es un arte que nace, arte verdadero que ha roto con el pasado y que en sus ejemplos realizados aún no ha llegado a dominar sus propias fuerzas, exige mucho más esfuerzo en la realización, mucho más compromiso y audacia y sobre todo una sensibilidad al servicio inmediato de la creación, sin momento de descanso, puesto que todo está por resolver, sin un Vignola que nos dé un punto de apoyo y sin una cornisa con sus molduras muy bonitas, muy bonitas, pero que empiezan a tener para nosotros un valor puramente arqueológico y ningún interés vital.

No puede decirse que en el nuevo arte se haya llegado a una época de plenitud, de seguridad absoluta. Se empieza a adivinar, van aplacándose las exaltaciones y paulatinamente se simplifican los problemas.

Es natural que haya habido un momento de nerviosismo y de desorientación; pero rápidamente se van situando las cosas en su sitio, alcanzando su propio equilibrio. Pero por la misma razón de estar en una época intermedia se presentan todos los fenómenos de desorientación e insinceridad.

Hay un falso arte racionalista que compromete el porvenir, o mejor dicho, retrasa el florecimiento del arte puro.

Se puede ser falso por tonto o por listo. Es falso por tonto el que cree que hay que ser racionalista a la fuerza y empieza a raspar todas las columnas, cornisas, archivoltas y guardapolvos de sus proyectos; pero, eso sí, sigue dejando la puerta en el eje, con su montante y tres huecos a la derecha y tres a la izquierda y un balcón en el centro.

Este hombre es tonto porque se está engañando a sí mismo; cree que ha entrado en una época nueva y sigue tan viejo como antes; con todos esos adornos que ha raspado, se ha raspado el corazón. Para este tonto estaría bien aquella Sociedad que pensaba fundar un colega de lo más serio que tenemos, pero que sabe sonreír con la sonrisa buena. La Sociedad se titulaba "Propietarios, defenderse", y tenía por objeto ayudar a los pobres propietarios que hubieran tenido la desgracia de caer en manos de los arquitectos tontos. La Sociedad tenía un almacén con columnas, cornisas y archivoltas, y era muy fácil, una vez pasada la moda del racionalismo, pegado a las fachadas los elementos mercenarios, convertir las casas en lo que debieran haber sido siempre: casas decentes, con su entablamento y todo.

Si este es el arquitecto falso por tonto, veamos cómo es el falso por listo.

Es el que dice: "Pues vaya, esto del arte moderno lo hace cualquiera; hombre, me cojo unas cuantas revistas y horizontal por aquí, hueco apaisado por allá, voladizo en semicírculo por acullá, y ya tienen ustedes que voy a la velocidad de los que van más de prisa".

Este falso arquitecto es mucho más peligroso que el anterior; está haciendo verdaderos estragos de desorientación; convierte nada menos que una de las bellas artes en una cuestión de rayas más o menos graciosas, falaces y oportunistas.

Pero éste tendrá su castigo pronto, cuando el nuevo arte empiece a ser comprendido por el público; el castigo consistirá simplemente en que todo el que se cruce con él le dirá: "Amigo, se te ve el plumero".

Otro entorpecimiento en el movimiento de la nueva arquitectura deriva de las tendencias intelectualistas. Los cerebrales del racionalismo, sinceros si se quiere, pero que plantean la cuestión con un vicio inicial. Prevén el resultado obtenido, prevén la plástica racionalista, e insensiblemente deforman el funcionamiento en beneficio de una fácil estética.

Proceden a la inversa: en lugar de desarrollar la actividad de dentro a fuera, lo hacen de fuera a dentro. Estos son unas veces tontos y otras listos, pero siempre falsos, retardadores y desorientadores.

Para completar el panorama de las posibilidades de la nueva arquitectura hemos de tener también en cuenta los resultados que ha puesto la industria al servicio de la causa, los nuevos materiales.

Formas nuevas libres y materiales que han recobrado el rango que tuvieron en épocas del mayor esplendor de la arquitectura, al servicio de un compás vital nuevo, de un funcionamiento de los edificios mucho más completo y rico, están dando lugar a la nueva arquitectura, de la que nuestros ojos aún verán obras definitivas.

Pero la arquitectura aún está llegando más lejos: está desbordando los límites que antes ocupaba; por medio de la urbanización está ampliando notablemente su campo de acción.

El nuevo sistema económico hace que los problemas no se planteen en los estrechos límites de hace treinta años; antes se hacía una casa, ahora se hacen barrios y ciudades y regiones. La arquitectura ha adquirido una escala que antes no tenía; los problemas plásticos han cambiado radicalmente de volumen, y para nuestra felicidad estética ya no son necesarios ni el capitel, ni ninguna otra anécdota ornamental, puesto que respiramos ambientes mucho más amplios.

Dije al principio que mi charla se titula "Arquitectura impopular", y ahora es el momento de volver sobre ello.

La nueva arquitectura es impopular, en primer término, porque hay muy pocos arquitectos que se interesen por ella. Como la gestación es puramente científica, es natural que arrastre poco público de momento hasta que las formas no hayan adquirido su situación definitiva y de norma, que pudiéramos decir.

Los problemas del funcionamiento de un edificio son más complejos que los de la vida de cualquiera de los individuos que han de usar de él, y por lo tanto, he aquí otro motivo de separación entre el arquitecto y el público.

Los problemas de urbanización que pudiéramos considerar como una realización de la arquitectura están aún muy lejos de interesar al público, que no ve por ahora más que una limitación de sus derechos.

En resumen: en el siglo pasado le era mucho más fácil a un transeúnte cualquiera el darse cuenta de la labor total de un arquitecto que al correspondiente actual de una calle cualquiera de Berlín o Nueva York.

Siempre me dió gran envidia la vitalidad de esas naciones, en donde la cultura ha llegado tan lejos que no sólo tienen estudiado lo que les interesa dentro de su patria, sino que se interesan seriamente por alguna cultura lejana.

Es un signo de sobra de energías admirable, puesto que tienen el espíritu rico y sereno para poder ver no sólo lo propio, sino los interiores de un alma extraña.

Desgraciadamente, no es este el caso de España. Hace pocos días me dijo Moreno Villa una frase que creo cierta aunque sea tan cruel; era, aproximadamente, la siguiente: "Todas las actividades actuales de los españoles son reflejos de alguna influencia extranjera".

No sería la cuestión grave si dispusiéramos de nuestras fuerzas de manera que pudiéramos reaccionar con velocidad suficiente para asimilarnos la ideología y luego seguir con nuestro propio compás y por nuestro propio camino. Pero por el momento no es así; nuestra velocidad de reacción es tan pequeña que aún no nos hemos asimilado del todo una orientación, cuando ésta ya ha cambiado de rumbo y en forma distinta vuelve a nosotros y tenemos que hacer otra vez el esfuerzo de asimilarla.

Sería el porvenir muy pesimista si se creyera que siempre iba a estar la cuestión en la misma tesitura; que siempre íbamos a ir a remolque de los tres o cuatro países que actualmente llevan la dirección de todo lo que sea actividad; pero creo, por el contrario, que ha de llegar un momento en que encontremos la manera de engarzar nuestra actividad con la minoría internacional de vanguardia, y entonces podremos dar el fruto que nos corresponde.

Mientras tanto es muy útil seguir dejándose influir del extranjero, no con la boca abierta ante todo, sino con una gran atención a lo que verdaderamente representa valores positivos.

Estamos en un período de auto-colonización.

Lancemos una ojeada sobre nuestro ambiente actual arquitectónico que permita darnos cuenta de la situación actual.

Los dos centros de cultura más importantes de España son, como sabéis, Madrid y Barcelona.

Barcelona ha tenido un hombre que en cuestión arquitectónica ha sido de gran importancia. Este hombre era Gaudí, hombre genial, independiente, indómito, antieconómico, de espaldas a la realidad, con un sentido constructivo completamente personal, unas veces del más exaltado racionalismo y otras completamente desorganizado. Hombre de sensibilidad finísima, con un sentido delicado de la plástica, pero que como personalidad demasiado acusada para un arte de cooperación y de sumisión al medio, como es la arquitectura, ha sido perjudicial para Cataluña, desorientando, enviando y dando licencias a personas insignificantes que, creyéndose con las mismas fuerzas que el maestro, no han hecho más que desvariar.

En Madrid hemos tenido suerte porque no ha habido ningún Gaudí que por lo menos salvara su propia persona.

Pero en Madrid... España, su capital Madrid... España, siglo de oro... Siglo de oro, Renacimiento... Renacimiento, Monterrey... Total, ya salió el arte nacional del Palacio Monterrey de Salamanca. Y allí empezaron Monterreyes en edificios públicos y particulares, en grandes palacios y bares. Hubo la época del estilo español, un torpe recuerdo del plateresco, y mesas de madera con dos integrales de hierro debajo, y faroles con unas telitas rojas, y unas velas artificiales con grandes chorros de cera, y una bombilla en el extremo. Esta es una época tan reciente que aún está floreciendo continuamente.

Y no es lo malo el remedio de ese arte histórico, con ser ya el pretenderlo una limitación; lo malo es hacerlo pobremente de medios, de ideología y de capacidad para asimilarse lo profundo que lleva consigo cada época.

Un ejemplo de que el arte retrospectivo puede llegar a alcanzar formas bien nobles es la arquitectura actual inglesa, que no ha pasado de allá, pero que ha derrochado en su tarea buen gusto e inteligencia.

Volviendo a nosotros, vemos que después del llamado estilo español, viene el barroco. Este es el arte más nacional y además más práctico aún para épocas de decadencia, puesto que siendo el barroco una magnífica corrupción al

fin del arte clásico permite a los imitadores que quieren sacar soluciones rápidas una gran movilidad, y al componer fachadas ya se sabe: a hueco grande, volutas anchas, y a hueco pequeño, volutas estrechas.

Ultimamente han aparecido unos atisbos de la Exposición de Artes Decorativas, de París, confirmando una vez más la frase de Moreno Villa citada anteriormente. Y ahora ya tenemos un estilo que es una especie de barroco español de la Exposición de Artes Decorativas, de París.

Es un estilo realmente difícil de conseguir, pero que una vez conseguido es muy práctico, porque tiene lo que tiene últimamente toda nuestra arquitectura, que no es que llegue al público, es mucho peor: es que el público ya sabe lo que quiere, y lo pide; es claro que pide cosas que ya están muy bien asimiladas, porque lo importante es evitar los esfuerzos grandes.

Madrid y Barcelona son los dos focos que alumbran a España. Y vemos de vez en cuando en algún pueblo lleno de encanto y armonía la aparición de un edificio o una calle, como de Madrid o como de Barcelona, esperpentos de un estilo históricoespañol de difícil de definir y que destruyen la unidad y sentido de la escala que tiene el verdadero pueblo.

Lo mismo que con los estilos históricos sucede con los regionales, y la realización, que fué sana al iniciarse, ya en sus primeras realizaciones fué escenografía y luego caricatura y siempre olvidando la enseñanza del respeto por los materiales y del verdadero racionalismo que tiene el arte popular.

Este es, en pocas palabras, a mi juicio, el panorama actual de la arquitectura española, y veamos con un poco de calma sus razones de ser.

En primer término alcanza la culpa, como es natural, a los propios arquitectos, y más que directamente por incultura, indirectamente por debilidad, aunque sea mucho pedir a un individuo que se salga de los límites de cumplir un encargo que se le hace para pasar a educar a la persona que se lo encargó.

De una manera inexorable representa la arquitectura el índice de la vida. Es un fiel reflejo del compás vital. Por más esfuerzos que haga el arquitecto por realizar una obra que resulte anacrónicamente avanzada, se escurrirá el ambiente por todas partes, lo envolverá todo y, además, no podrá nunca realizar una obra pura.

Por eso es muy explicable la debilidad de la arquitectura española actual, que transige, transige... hasta adaptarse al ambiente ñoño que nos rodea; y por eso un arquitecto joven que en otro país sería una calidad de primer orden, aquí en Madrid se está convirtiendo en el portavoz de la estética del barrio de Salamanca.

Lo más importante a modificar es el compás vital, y aún ha de pasar tiempo antes de que la gente sepa vivir amablemente en la realidad; después de asegurar que el español es tan listo, resulta que sabe vivir mejor un holandés cualquiera con ojos azules y cara de tonto.

La vanidad, la vida de apariencia, hace que todas las casas de Madrid quieran tener una torre muy alta y en lo alto una flecha, como diciendo... Señores, aquí está el centro del mundo; y, es claro, como hay tantos centros del mundo como casas, resulta que ya no lo creemos y nos entra una intranquilidad de que nos han engañado y que realmente ya no sabemos dónde está el centro del mundo.

El retraso social en que estamos se manifiesta, por ejemplo, cuando uno se enfrenta con una serie de personas que quieren construir un grupo de casas baratas. La cooperación, fenómeno de nuestro tiempo, les ha unido, pero no tienen más sentido que el individualista, que heredamos de los bereberes, y por lo tanto, se indigna con la idea de simplificar los tipos, de normalizar las dimensiones de los elementos de agruparse en bloques; lo único que quieren

es tener la casa gratis y hacer cada uno de su capa un sayo.

Así sucede que cuando vemos un grupo de casas baratas, en lugar de tener la sensación de que se ha planteado de golpe el problema de muchos para resolverlo en grande, parece que se han planteado muchos problemas pequeños independientes. ¡Qué envidia dan aquellos barrios nuevos de Amsterdam, anchos, claros y con sentido de la verdadera cooperación!

* * *

Espectáculo atormentado es el de Madrid, lleno de colgajos y minaretes de escayola, pináculos, torres y crestas.

Solamente apartándose del centro, yéndose donde la edificación comienza a clarear, puede gozarse de la vista tranquilizadora de las medianerías, única arquitectura sincera que tenemos actualmente: grandes planos color rosa, fajas estrechas y altas de los patios blanqueados, en donde los huecos, en su ritmo monótono y claro, están en su sitio sin hacer concesiones: medianerías de distintas alturas y que se cortan en ángulos variables, limitadas a veces en su base por la línea clara y simple de la valla de un solar. Este es el único espectáculo puro que puede darnos actualmente la arquitectura madrileña, en el que podamos ver la imagen del futuro iluminado.

* * *

Voy a terminar; pero antes quiero dedicar algunas palabras a la Asociación Profesional de Estudiantes de Arquitectura.

Estamos en una época de grandes velocidades en la que el "record" de aeroplano de un año es el de automóvil del siguiente; por lo tanto, la diferencia de nueve años que hay entre mi vida profesional y la vuestra me da ya una fuerza ante vosotros como si fuera un viejecito de barba blanca. Por lo tanto, voy a daros algunos consejos.

Tenéis en vuestras manos el porvenir de nuestra arquitectura; creo que son buenas manos; cada vez van siendo mejores, puesto que habéis sabido agruparos para fines de cultura extraescolares.

Creo que también pensáis organizar un "jazz-band" y un equipo de "rugby"... Nada, lo dicho: lleváis muy buen camino; la arquitectura está en buenas manos.

Pero hay que tener mucha energía para cumplir la tarea que se os presenta.

Vosotros sois los llamados a dar la gran batalla, a dar el gran salto de nuestra arquitectura, y para esta empresa hace falta mucho valor.

En Alemania he convivido con muchachos del Bauhaus de Weimar; tenía un entusiasmo sin límites, pero sobre todo eran duros con ellos mismos; su fuerza era la propia disciplina; no creían que el triunfo era fácil. La nueva verdad no se alcanzará en un día de buen humor, sino que irá consiguiéndose en años de pisar terreno firme.

Así debéis ser vosotros. No creáis que por hacer líneas rotas estáis por encima del ambiente. La nueva plástica, además de mucha disposición, exige continuado ejercicio.

Y estudiad idiomas, pues lo que dijo Moreno Villa es una amarga verdad, y tenemos mucho que aprender de la técnica extranjera antes de poder dar los frutos nuestros.

Así, seriamente, tenazmente y con alegría podréis dar este empujón que hace falta dar para sacudir todas las mentiras que nos rodean.

Y dentro de muchos años, cuando estudien en un libro gordo la historia de la Arquitectura, verán que el apogeo de la nueva Arquitectura se debió en España a los que eran estudiantes en 1930.